



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Por algo me decían en el pueblo que yo tenía que arrastrar coche...

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 556	
Semestre.....	\$ 6,00
Año.....	\$ 12
Número si elijo.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LÓPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 173 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

12.—Unos bárbaros.

5 marcha a pie OMISW

ESCRIBIÓ "EL JUDIO ERRANTE" SOS

FLANCO

OOINR

15.—Una calle madrileña.

—Si dos prima y perjudica a terci-cuarta no te compro el dulce de cuarta-quinta.
—Me lo comenrá mi tia dos quinta-terci-cuarta, que me quiere más que tú.
—La mira bien le todo y no te descuides.



SOMBREROS
BRAVE
6 MONTERA 6

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

14.—Terreno que no conviene.

50 GALOPE

15.—Los que van delante.

(Geroglífico marcial)

G CUERNO
NOTA
MACHO CABRIO

PARIS y BERLIN
Gran premio
7
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y están siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Úsalo que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e insalutables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y florida evidentes, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros granulosos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobren los rostros marchitos o envilecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensivo, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados. Obteniendo el cutis gran flaura, hermosa y juvenil. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarri, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

PASTA DENS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

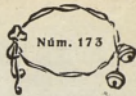
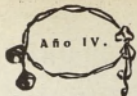
DESCONFÍE USTED

de quien le ofrece los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todas las comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.

**TUBO
2 pts**



El impuesto del Timbre a cargo del comprador.



ESPECTÁCULOS
ORATUITOS

EL HOMBRE ENJAULADO



ABRID, capital de la nación, ya perdiendo aquella abundancia pintoresca que tanto contribuía a la atracción de forasteros. Pierde carácter, a cambio de ruido. Es una ciudad demacrada.

Ya no engancha su mantoncillo a los botones de nuestra chaqueta, ni bebe vino de Arganda, ni nos enseña un zapatillo primoroso recogido en la larga falda incitante. Madrid gime, sin color, bajo las mesitas de sus «dancings» como bajo unas losas funerarias. El «isidro» se ha quedado a vivir aquí todo el año, y sabe más que nosotros. No hace caso de la casa de fieras; no se asoma al Viaducto; no mira la bola de Gobernación; no le gustan las mujeres gordas; no baila el «agarrar»... Se aburre, y ninguna cosa de la villa le hace abrir la boca o guiar los ojos. Solamente le queda el entretenimiento de presenciar los entierros, en cuya comitiva lánguida y cada día más breve, todavía, como supervivencia cortesa, sigue figurando un ejemplar raro, un ejemplar de vitrina y colección; el del hombre enclencherado, silencioso y amarillo, que va dentro de un coche.

Este ser enjaulado, que prodiga en su mirada el estupear espectacular del naufragio, no se suele ver tampoco todos los días. Tiene que morir mucha gente para que le sorprendamos a lo largo de la calle de Alcalá, antaño tan jaranera y «marchosa», que oía a siemprevivas, a sangre de toro y a judías a la bretona. Dentro de su celda rodante y procesional, este desconocido abnegado asiste a los entierros con la exclusiva finalidad de que el transeunte no bostee demasiado y tenga algo interesante que comentar. En otros carruajes van las consabidas parejas de señores serios que hablan mal

del difunto como si estuvieran agasajándole con un banquete; o que cuentan chascarrillos, o se confabulan en un negocio. Son personas demasiado humanas, vulgares y podridas, que disimulan según pueden su mal humor por perder una tarde y gastarse dos duros de coche. El otro caballero, al que se sepulta sólo en su Tebaida de gutapercha, es el realmente admirable. Rendido a la elocuencia de la jaula que le conduce al composanto, no canta, cual si abrigase la convicción de que tampoco, lo mismo que el que «va delante», ha de volver. Produce la impresión del islote rodeado de desilusión por todas partes. Es un objeto arqueológico conservado en una vitrina. Es una sombra en un desfilé. Es un cero detrás del desolado cero que yace a la cabeza del cortejo, en un atadío. Es

otro cadáver, disfrazado de vivo para no enlutar más de lo justo el acto. Parece que se aburre, y tal vez está urdiendo una novela corria. Tiene traza de misántropo, y acaso toca el «jazz-band» en un cabaret de moda. Sabemos adónde se dirige, pero resultaría aventurado intuir hacia qué punto piensa volver. Todo él es un misterio, y, por de pronto, constituye «una nota de color». De color obscuro, pero resaltante y digno de los entre una hilera de seres y de caballos absolutamente gris...

¿Conoció al difunto? ¿Le debe aún dinero? ¿Es que se trata de algún camarada al que continúa odiando, y se ha propuesto acompañarle hasta la tumba para percatarse de que «ya» no le hará ninguna de las picardías que le proporcionaron tanto oropel y tanto laureo? Un prudente esombrón nos tapa la boca, por lo común avispero y sentina. El transeunte renuncia a indagar la psicología del en utado caballero, y se atiene a la fiesta diminuta de contemplarle, metido en su «simón», tan rasurado, tan pulcro, tan hermético y modoso. La gente del pueblo le mira, a su vez, sorprendida de que este hombre no anuncie su paso entre otros dos que toquen el bombo y el cornetín. Diférase que es todo un ciprés de «que-llos de allí abajo», vestido por un sastré de provincia. A nosotros nos regocija mucho encontrárnoslo por las calles céntricas, y pedimos a Dios que no le mate nunca, que nos lo deje vivo por toda una eternidad, y le salgan bien los negocios y no encuentre amigos de esos que tosen y sufren gastralgia o están artíficos años y años sin que se les ocurra demeritarse jamás en el cementerio. Porque el día que este hombre fallezca, ¿qué le quedará a la villa y corte? Melenas cortas, claxonas, colillas doradas, porras municipales; ¡madal...



Dib. SILENO.—Madrid.

E. RAMÍREZ ANOEL

UNA ASAMBLEA DEL SINDICATO DE ACTORES

Los actores se reúnen de vez en cuando en alguno de los teatros más importantes de la capital; no se trata, como pudiera creer el lector ingenuo, de cambiar impresiones profesionales, de recomendarse sastre o peluquero, de advertirse cuáles son los públicos más importantes; no, las reuniones del Sindicato están encaminadas a que unos se puedan meter con otros, delante de la gente.

Es curioso asistir a una asamblea; los cómicos de espectadores realizan un espectáculo muy original.

Llenen el teatro, cosa a la cual no está uno acostumbrado; llenan, pues, el patio de butacas y los palcos plateas; se agrupan especialmente en las últimas filas; quizás por tener más cerca la salida, o tal vez por temor de oír al apuntador.

Ahora bien: los actores no saben hacer de público y se les ha notado mucho.

Los actores, en el patio de butacas, hacen más ruido que el público, tosen más, fuman, hablan alto, hacen ruido con el asiento de la butaca; muchos no

se quitan el sombrero ni el gabán; se ve que no están acostumbrados a ir al teatro; y, sin embargo, en las asambleas, si los actores están en la sala, los que están en el escenario debe de ser el público, pues apenas se conoce a alguno de vista; ¿quienes son?

Es realmente curioso la cantidad de actores desconocidos que hay; tal vez sea que la mayoría de los que asisten a las reuniones del Sindicato, no pertenecen a él.

Hay una justa compensación en estas reuniones; el que pide la palabra todo el tiempo, el que habla toda la noche, es el que en la obra que hacen en su teatro dice tan sólo: «He aquí el veso de agua...»

Los actores han aprendido a comportarse en estos actos de cuando hacen alguna función, en la que se representaba un juicio o una reunión política. Cuando alguien está hablando y ha llegado al punto interesante, se oye una voz escondida que dice: «Pido la palabra. El orador queda interrumpido y ya no recuerda lo que quería decir.

Hay un momento en que han pedido la palabra diez o doce; se oye por toda la sala: «Pido la palabra! Pido la palabra! El presidente de mesa debía de decir agitando la campanilla: —¡A la cola! ¡A la cola!»

No pueden negar que son hombres de teatro, aplauden y patean como profesionales, y del mismo modo juegan al compañero que tiene la palabra: —¡Qué buen actor! ¡Está bien de gesto! ¡Qué hermosa media voz!

Cuando habla el «gracioso», todos están deseando reír; y cuando hay un silencio grande, parece como si les diesen: —Haced rumores, haced rumores. Y la sala murmura.

Se oye decir: —¡Qué acto tan largol, o como comentario a algún orador, después de una tirada: —¡Muy mail! Como en escena! ¡igual que con la Xirgul!»

El teatro está muy bien; hay unas señoras guapísimas en los palcos; pero hay mucha gente que asiste con la esperanza de que se va a *armar*; ese grupo asiente a lo que dicen todos los oradores por opositos que sean; y para ellos, el último que ha hablado es el que tiene razón.

El papel de presidente de mesa es más bien delicado, tienen todos demasiada confianza con él; a veces, y como preguntare una cosa a la asamblea, muchos han contestado: —¡Sí, hombre, sí!

De repente se ha levantado alguien con la fiebre de la oratoria y con énfasis y voz campanuda comienza un discurso; al principio se cree que parodia a alguien, pero luego resulta que es de verdad.

Todos le han dicho al señor Montaguado: «Querido Pepe». «Querido Pepe». Y el señor Montaguado se quedaba muy serio en su difícil puesto, mientras todos le iban llamando con voces de íntima amistad: «Querido Pepe, querido Pepe»...

A las siete de la mañana surge algún pequeño incidente y se levanta la sesión, sin tomar acuerdo. El público de actores sale a la calle, pálido de mañana; también ahora parece que salen de ver una función; una función que no les ha entusiasmado demasiado. Y ya todos los simpáticos actores se van a dormir y cuando vuelven el teatro, horas después, ya saben mejor el efecto que hacen desde la sala. Y miran desde la escena la localidad que ocuparon y ven en ella al buen burgués dispuesto a reír y a emocionarse, pero nunca e incorporarse en su butaca a interrumpirles diciendo: «Pido la palabra».

EDGAR NEVILLE



DB.

SÁNCHEZ VÁRGAS.

Málaga.

—Anoche soñé que estaba en el Paraíso.

—¿Cómo?

—Ya te digo que estaba en el Paraíso.

En esta ilustración vemos a una familia paseando por un parque. La madre, vestida elegantemente, lleva un sombrero y un bolso. El padre, con un traje formal, lleva un bastón. Los niños, vestidos con ropa de moda, llevan un carrito con juguetes. El fondo muestra un árbol y un camino.



Dib. Ramírez. —Madrid.

—¡Quién fuera tú, chico! ¿Cómo te pondrás de comer dulces!...
—¡Cá; ¡No me deja el amor! ¡Tengo que contentarme con pasarles la lengua!...

DIEZ CONSEJOS GRATUITOS

PARA LLEGAR A SER UN BUEN ASESINO

Ya hace tiempo que en estas mismas páginas de satinado papel tuve el gusto de publicar «Diez consejos para llegar a ser un buen ladrón». Los consejos eran sapientísimos, habilitísimos. ¿Tendré que decir el éxito que alcancé mi trabajo? No tendré que decirlo. Basta con dejar asentado que, desde aquella fecha, hasta hoy, han entrado en mi domicilio —que es el de ustedes— treinta y ocho ladrones diferentes.

Se comprende al punto que en mi casa ya no queda más que un trozo de estuco de una alcoba y dos tientos de horrientas «peso-autobús». Lo demás ha pasado a los incommensurables bolsillos de los ladrones. No me pesa. No me pesa lo que se han llevado, porque se lo han llevado. Y tampoco me pesa haberme quedado sin ello, porque considero que mis consejos han ennoblecido la virtuosa clase de los ladrones y esta hermosa falange de ciudadanos va, gracias a mí, conociendo y dominando su oficio.

Pero me veo en la necesidad de prolongar mis consejos y hacerlos extensivos a los asesinos. Confesemos que en España se mata muy mal. Pésimamente mal. Las estadísticas arrojan, por ejemplo, un crecido tanto por ciento de crímenes pasionales. Nada más.

La parte hábil y pintoresca del crimen no tiene asiento en nuestra patria.

Yo, que comprendo la necesidad de que se mate bien para no quedar en ridículo ante el mundo, dicto los siguientes consejos, absolutamente gratuitos.

PRIMERO.—No se debe matar con arma de fuego. Es error, tan craso como extendido, matar utilizando un arma de fuego. Hay que huir del error. Razones: el arma de fuego hace mucho ruido; falla repetidas veces, lo que pone al matador en situación de hacer el ridículo; es cara de adquirir; está prohibido su uso (me refiero al arma corta); y, finalmente, se presta a recibir y a conservar las huellas dactilográficas del que la utilizó; además es frecuente que salga el tiro por la culata.

SEGUNDO.—No se debe matar con arma blanca. En el arma blanca las huellas quedan impresas también; tiene el peligro de herir al que la maneja; no suele estar nunca bien afilada y no siempre puede encontrarse a mano un afilador económico; le quita rapidez al hecho y es difícilísima de ocultar.

TERCERO.—No se debe matar con rompecabezas. Porque los rompecabezas deben dejarse de uso exclusivo

de los niños, que se divierten mucho con ellos.

CUARTO.—No se debe matar a las mujeres. Y creo que esto no habrá que razonarlo. Un español no tiene derecho a cometer semejante monstruosidad.

QUINTO.—No se debe matar el tiempo. Porque el tiempo es oro; o, cuando menos platino sobredorado.

SEXTO.—No se debe matar a los jefes de gobierno. Porque está probadísimo que el que sustituye al muerto lo hace mucho peor que éste.

SÉPTIMO.—No se debe matar a quien no tenga dinero. Porque hacerlo, es lo mismo que pretender subir a un tranvía hallándose en una balsa perdida en el Océano Pacífico.

OCTAVO.—Se debe matar de día. Porque se evita la agravante de nocturnidad y porque la huida es sencilla como un juego de la oca.

NOVENO.—Primer procedimiento para matar con perfección, eficacia y maestría. Se coge a la víctima futura, se la da coba y procura uno hacerse simpático a sus ojos —y a poder ser— a los de su familia. Se le convida a comer a casa, con lo cual nadie puede sospechar que en aquel acto se abrigaba una mala intención; se la lleva a la biblioteca, se cierra la puerta, se la sienta en un sillón y se le dice: «Te voy a leer *La divina comedia*, el *Ramayana* y *Os Lusíadas*». Si la víctima elegida sufre del corazón y no puede resistir las emociones fuertes, aquello basta. La muerte sobreviene rauda y veriginosa por aneurisma de la aorta descendente. También se suele prestar por embolia fulminante. Se dan, asimismo, casos de meningitis frenética. Si la víctima no es persona delicada, se leen los textos indicados y a las seis páginas, sin que pueda evitarse, surge la encefalitis tálárgica, y la muerte, como secuela inevitable.

DÉCIMO.—Segundo y último procedimiento para matar con perfección, eficacia y maestría. Este procedimiento es más seguro. Para prepararlo hay que dirigirse a la víctima sonriendo y, como si se tratase de un juego, decirle: «A que no escribes sin levantar el lápiz del papel la frase *no se culpe a nadie de mi muerte*? La víctima sonreirá, cogerá un lápiz y escribirá la frase. Esto logrado, le guardáis el papel en el bolsillo. Y lo que sigue es demasiado fácil. Se coge al individuo, se le da un tropezón en el cráneo y se le deja caer a la calle desde un balcón. Después podéis ir a tomar un té al Spidman. Nadie os molestará, más que el té, que deprime el organismo.



Dib.
P. A. L. L. A
Madrid.

—¿Usted dónde vive, Edgardo?

—No tengo domicilio.

—¿Y usted, Casimiro?

—¡Encima de éste!

Enseque JARDIEL PONCELA



Dib. Dña. Río.—Madrid.

—Doctor, yo soy su vecina del piso de arriba; usted ya me habrá oído cantar, ¿verdad? Vengo a consultarle, porque soy una joven dispéptica, ¿qué debo hacer?
—(No cantar, señora!)

LA GRIPE Y LAS "TERAPIAS"

Hace poco he leído en no sé qué periódico de Francia que la gripe, dolencia de importancia que hoy mete mucho ruido, se cura prontamente y de un modo evidente combinando la autohemoterapia (que no es ningún veneno) la coloidoterapia, sistema curativo muy ameno. La primera consiste en poner inyecciones, no de alpiste, ni de cal, ni de aceite de ricino, ni de guayaba, sino de su sangre al enfermo. ¡Re... noventa (porque es poco «rediez»)!... Df, ¿tiene cuenta perder el tiempo en el trabajo doble de sacarle la sangre colorada (o azul, si fueres noble) y volver a dejarla infiltrada en sí misma otra vez?... Yo te confieso que no entiendo, lector, la gracia de eso. Y consiste el segundo de los medios que indican los franceses para andar por el mundo sin sufrir los reveses de ese mal tremebundo en poner, cual se pone un sinapismo a la disposición del organismo

del enfermo de gripe unos metales llamados coloidales. En mis cortos alcances, no comprendo (ni en mi escasa cultura) el milagro estupendo de que un pobre organismo tenga cura (igual que una parroquia) solamente con los coloides tales. No sería, lector, más conveniente aplicar al enfermo otros metales que el Estado acuñó precisamente para alivio y solaz de los mortales?... ¡Oh, sí, de Buen Humor lector amado! Cualquier hombre atacado de la gripe de efectos más brutales, para ver si termina su martirio, a los buenos metales coloidales de seguro prefiere en su delirio las pesetas, los duros y los reales. Así, pues, esa «coloidoterapia» y esa «autohemoterapia» conquie el sabio doctor nos asegura que la gripe española tiene cura sin que nos amenace con futuros *deslices*, se las puede aplicar, si es que le place, la mamá del doctor. ¿Y?... ¡las narices!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

EUTRAPELIAS

La familia del humorista

El humorista parece que tiene una familia absurda, increíble, compuesta de seres extraños, que podrían compartir su trabajo en cualquier pisa del mundo.

El humorista parece tener encerrados en casa una esposa descomunal adornada con la pluma del humor y unos hijos descabalaos, como hijos medio de Marciano, medio de habitante de la luna.

Sólo aprovechando la oportunidad humorística del domingo, y sobre todo cuando llegue el Carnaval, podrá salir con su familia.

El día que salga el humorista y su familia, habrá escenas curiosas. El humorista y su esposa tomarán un tranvía que echará a correr, dejando a sus hijos en tierra. Los niños compararán todos los periódicos ilustrados del domingo, y si el padre les niega alguno con miedo a arruinarse, le armarán una guerra cómica, que no tendrá más remedio que apaciguar. A todos los hombres con chaquet les arrancarán los botones de detrás y en las máquinas de lanzar chocolates provocarán toda su vomitona con sólo una perra gorda.

El humorista se divierte mucho en su paseo, pero tiene que ir empujándole de «dispense usted» inacabables.

Ya el humorista no supo si reír o llorar—como ante todas las cosas de la vida le sucede—al ver aparecer aquel niño creciente, al que de día en día venían cortos los pantalones y las marinerías. Ante la niña enana y cheta, también se quedaba pensativo y achacaba aquello a su humorismo, a su manera cruel de ver la vida, a su visión grotesca del mundo.

El humorista ha estado siempre por fundar con su familia un falso tinglado de ventrilocuo. ¡Qué maravilloso iba a resultar ver moverse y hablar a aquellos entes estrambóticos! ¡Qué fama de ventrilocuo sin necesidad de usar la voz inexplicable de su estómago!

Su esposa le ha disuadido de ese proyecto, porque la esposa del humorista tiene una opción para decidir los asuntos del humorista, que muchas veces no sabe qué hacer, temeroso de resultar demasiado humorista en la vida.

Pero no es sólo la familia del humo-

rista lo que le arredra sino su doncella, la chica que no aparece en este grupo, una palabra graciosísima llena de lo que se llama en las Academias «Sano humorismo».

La criada del humorista tiene que estar escondida en la cocina; pues resulta explosiva de risueña en cualquier parte a donde es enviada.

Sólo va bien a las redacciones de los periódicos, en que el humorista colabora y donde no choca que un humorista tenga una chica así, si ha de enviar artículos y dibujos humorísticos. En esas antecelas resulta justifi-



cado, y antes de desenvolverse los paquetes de original, resulta gracioso el envío y coge al director predispu-

El martillo de reflejos

Para dar más carácter a este apartado primero de mi artículo, lo hubiera titulado «Los martillos de siete reflejos»; pero he querido que conserve, en medio de todo, su carácter científico, y por eso lo titulo solo así.

El caso es que hay un martillo más brutal que el bárbaro martillo de Vulcano y sus cíclopes.

Es un martillo pequeñito como martillo de joyero, un martillo niquelado, elegante, precioso, digno de uno de

esos elegantes dentistas que xilofonean las dentaduras para diagnosticarlas.

El doctor que lo lleva en el bolsillo es un doctor sonriente, que sin tener ni un sólo diente de oro, parece sonreír con una sonrisa aurifera. De vez en cuando siente el deseo de jugar con su martillo y percibir la sensibilidad esparcida en el ambiente del mundo. Si se lo pedís un momento, os lo prestará y podréis manejar con livridad el arma fatal.

Ese martillo de níquel con percutor de goma, revela como cita de roto, de rajado, de deshecho o de incongruente el ser en quien se ensaya con golpeicos reflejadores.

Como hay un sonido de la campana que la muestra rajada, así hay un gesto que revela cómo está de triturado el individuo.

Pero el gran pánico de este martillito que tantea la vida o la muerte, la razón o la sin razón, el equilibrio o el desequilibrio, es cuando no produce ninguna repercusión, cuando al golpear en plena medula no sugiere el menor eco.

El doctor del martillo inquietante o inquieto, gustaría de tocar el xilófono de las sensibilidades, percutiendo en el tranvía o en el teatro las rodillas de los caballeros y de las damas.

—Perdone usted, caballero...

—Perdone usted, señora...

Y, ¡pin, pin, pin, reconforta la decadencia del mundo, la degeneración del rostro informe de la rodilla.

Greguerías y advertencias.

En la despedida de las cartas hay muchos que añaden letras convencionales, letras de más, «eses» o «pes» o «aes» que no se sabe qué significan. Cuanto más cumplido el que escribe más rumbo en las letras que sobran.

Hay esquinas callejeras en que se transparentan mejor las personas y se les reconoce como al trasluz.

Hay una estilográfica Fardiz que solo quiere firmar. Interlineará, escribirá cartas... No acepta ningún trabajo largo... Yo le suelo decir: «Has nacido para pluma de ministro».

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

TOVAR EL DE LOS "MONOS"

Y cuando el pintor de que nos habla Edgar Poe dió la última pincelada al retrato oval, se llenó de terror gritando con voz fuerte y vibrante:

— ¡En verdad, es la «vida» misma!

Volvióse bruscamente para mirar al modelo, que era su amada, y... ¡estaba muerta!

Y cuando Tovar, el formidable monigotero, daba fin a la caricatura número 25.000 de su repertorio, pudo llenarse de regocijo y decir entusiasmado:

— ¡En verdad, es la «vida» misma!

Y cuando se asomara al balcón para mirar a la muy satirizada «vida», ésta estaba ¡ay! puesta en ridículo para una temporada larga.

El personaje de Poe iba sorbiendo a la hermosa dama su vivir, a costa de admirarla. Tovar ha sorbido, asimismo, la gracia de la vida, a costa de ridiculizarla.

Cuando un espíritu aristocrático — y ese es Tovar; no confundir la aristocracia del espíritu, con hacerse la raya de los pantalones — interpreta personalmente y con acierto las cosas, las cosas empiezan a vivir de las interpretaciones.

La del retrato oval dejó su vida en el retrato. Madrid va dejando su época en estas zarzas engañosas y sonrientes que son los dibujos de Manolo Tovar, y en los diálogos de Arniches, cuyo teatro será el único que nuestro momento donará a los venideros, porque es el que con más honradez se cife a la realidad, para estilizarla.

No confundir la gracia de estos dibujos con la gracia del madrilénismo, que se va perdiendo, si es que la hubo. Que los madrilénistas son a veces enamorado de Madrid, y se han dedicado a embellecer su espíritu a su modo, insinceramente. Tovar no es madrilénista, como esos que sorben el fondo de la naranjada con la paja, el se sorbe el fondo del Madrid.

Para este tema de la ironía, la gracia, el humorismo, el reír, el sonreír, la cargada y el regocijo, es costumbre hacer citas de los filósofos que se retraen — aunque solo sea filosóficamente —, con la mano cóncava sobre una

contrado media docena de artículos en el diccionario, que tienen dos valores?

¡Cuidado! Nosotros nos encontramos frente a otro caso; al del que pone a sus dibujos un pie que acaba de ridiculizar los personales, bien ridiculizados en la línea.

El acierto de las psicologías es enorme. Y con ese trabajo tan difícil bien hecho, el ridiculizar es más sencillo.

Tovar define perfectamente las psicologías, más allá de lo sospechado; primero en el dibujo, luego en el pie del dibujo: el jefe de oficina, el guardia, la mujer gorda, el caballero, el gato, el caballo de coche de punto, el balón de la soltera, la calleja, el árbol de las alfileras ¡todo!

Se diría que Tovar ve las cosas con un ojo solo, porque hace el efecto de que guña el ojo frente a ellas; se guña el ojo a sí mismo.

Tovar hace vivir a sus monigotes antes y después del chiste. Y lo que es más extraño: antes y después del dibujo. Y es que Manolo Tovar, después de sus 25.000 dibujos — Ferragut ha dado la cifra —, tiene en la imaginación una película cómica, verdaderamente cómica y alegre, que está siempre funcionando.

¡Vosotros habéis visto esas «fotos» que sacan a las portadas de los «cinemas», como muestras de las cintas? Son cada una tan solo dos centímetros del extraordinario metraje que anuncian.

Pues bien, igualmente, esas 25.000 estampas que ofrecen los diarios y las revistas, firmadas por Tovar, son muestras de la película de su imaginación, que corre siempre, con metraje infinito, para los que de cerca saboreen la amistad del psicólogo maravilloso, que tan magistralmente sabe dibujar lo que quiere.

ANTONIO ROBLES



Caricatura de MANCHA.

calavera. Veamos cómo nos libramos de esas citas, en las que hablan Hamlet, Don Quijote, Schopenhauer, Zaratustra o Unamuno; que son precisamente las gentes más trágicas, las gentes que no saben lo que es «unbarse de risa», que es una modalidad más, en las filosofías del gesto.

¡Cuidado! «Tumbarse de risa», la pintoresca hipótesis del regocijo, se ha empleado mucho para admirar a los cazadores de chistes en los diccionarios. ¿Por qué serán graciosos los juegos de palabras con dos significados, si son curiosidades académicas más bien? ¿qué motivo nos impulsa a halagarle y reflejar la paciencia al que ha en-

Agencia para la venta de BUEN HUMOR en TAMPICO (Tamps) México D. Hermenegildo Dávila G., Apartado núm. 50

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXXVIII

París es una población eminentemente paradójica. Lo he dicho ya muchas veces, aunque no recuerdo si se lo he dicho a ustedes o a un tío mío a quien también escribo a menudo desde aquí. El caso es que lo he dicho, y lo he dicho con razón. París tiene fama de ser la ciudad más elegante del mundo, y es donde peor vestida se presenta la gente en público. En privado no habíamos, porque se desnuda todo

por nadie, tienen la fortuna de comer peor unos poquitos y no comen ni peor ni mejor la casi totalidad de los circunstantes... París tiene una colosal reputación de ciudad galante y cortés y de tratar al extranjero con un cariño y un mimo extremadísimos y yo puedo asegurar que en tres años no me ha saludado ningún transeúnte, no me ha besado ninguna señorita y no me ha preguntado por mi familia ninguna portera a pesar de lo curiosas que dicen los novelistas que son esas

con ninguna (me pasa lo mismo que con los tranviarios y mecánicos) y una cosa que no se entiende, no es fácil ni aquí ni en Pekín o yo no tengo sentido común... En París afirman varones sesudos y pistonudos y un poco cachazudos que disminuye la natelidad a ojos vistos, y sin embargo existen diez y seis mil comadrónas con filitro reconocido y más de once mil toxicólogos sin incluir a los que van a los cines que no se sabe a los millares que ascenderán... Se propala constantemente que en París el odio al alemán es formidable y vitalicio y yo tengo un vecino que tiene puesto un piso a una chica alemana y que hace pocos días anda pellizcando por las avenidas solitarias del bosque de Boulogne a otra alemanilla que unos dicen que es de Hamburgo y otros que es de abrigo. Inútil es afirmar que este ardoroso parisienno no se atreverá con dos chicas alemanas a un tiempo por el gusto de vengarse del Kaiser o porque rabie Ludendorff en su retiro, como no creo que ellas pidan guerra más que en ciertos momentos nada bélicos que se presentan en la vida y que yo envidio porque a mí se me han presentado poquísimas y contadísimas veces...

Pero ninguna de estas paradojas es tan elocuente como la de los *apaches*. París es la urbe de los *apaches* y en París no encuentra usted (ni yo, ni Santa Rita) un *apache*, páguele al precio que le pague, búsquele como le busque y pídale aunque sea por amor de Dios y aunque lo pida usted de rodillas y a sus pesillentes pies...

Es inútil cuanto se haga en este sentido... Ni promesas, ni súplicas, ni halagos, ni ofrecimientos de gratificaciones expléndidas. El ansiado *apache* no aparece.

Si apela usted a las amenazas, no digamos. El *apache* entonces se asusta y aparece meros. Y en resumen, que el *apache* no aparece ni por las buenas ni por las malas, ni por las calles concurridas, ni por las desiertas, ni por las tardes, ni por las noches.

Un servidor de ustedes ha hecho los imposibles por toparse con uno de esos terroríficos seres, con la ilusión de darse luego un suculento pisto refiriendo en e-las columnas la tremenda y arriesgadísima intravida. Yo he ido a un *petit café* del barrio de La Villette, donde esperaba encontrarme con cuarenta criminales sueltos, bailando *La Jera* con otras cuarenta cocalinómanas y dándose después de puñaladas con cuarenta rivales que no habían podido



EL «BOULEVARD DE LA MADELEINE»

Magnífico boulevard
que de nombre concede
y sus acabo de cruzar
a las cuatro menos seis...

Que es la hora que marca ese reloj insoportable y municipal que hay en el farol y por el cual me he guiado. Si no va con el de la Puerta del Sol, les suplico que perdonen.

dios por menos de nada, y no estaría bien que nos atreviésemos a decir que Herriot en calzoncillos era una partida ideal para *El eco de la moda* o que la señora de Poincaré con gorro de dormir presentaba un perfil digno de lucirlo en las carreras de caballos de Auteuil si la delaban los guardias, que ahora que Poincaré no tiene influencia no la dejarán de ninguna manera... París tiene fama de ser el sitio del planeta donde mejor se come, y yo les juro a ustedes con la mano puesta en el estómago (que es como la tengo desde que vine) que aquí no tengo me-

honorables funcionarios... De París se ha afirmado que es la capital donde se ha resuelto mejor el problema de la circulación y en París me llevo ya ganados más de mil empellones, una monstruosidad de pisaduras de los viandantes, tal cual cogitoazo de un guardia y no pocos insultos de *chouffeurs* y conductores de tranvías, que gracias a que no los he entendido pero que por el impulso y ferocidad con que eran lanzados debían de ser indecentes y absolutamente intolerables... En París se ha dicho que abundan las mujeres fáciles y yo no logro entenderme

bailar y que no estaban dispuestos a pasar por semejante de ahora.

Y, en efecto, a pesar de ser La Vilitie un barrio de protervos asesinos y de empedernidos traga niños y de feroces saca manecios (según cronistas y novelistas mejor vestidos que yo), en el *petit café* a donde fui buscando esas emociones, no encontré más criminal que el dueño, que me cobró setenta y cinco céntimos por un brevete absurdo que él llama *café*, pero que el parroquiano que lo toma llama al médico...

Aparte de este delincuente, en el establecimiento no ví más que dos bucrachos que hablaban de la cuestión de las reparaciones, un turco que me ofreció unas alfombras que decía que eran de Alepo, pero que como era turco no le creí, y una multitud de ingleses, italianos y ríoplatenses, todos con elegantísimas indumentarias y con unas frazas de turistas pingües que quitaban el hipo.

Tan selecta concurrencia en tan desatinado lugar me llenó de curiosidad y pregunté al dueño del *café* a pesar de lo ofendido que estaba con él.

El cafetero me sacó de dudas.

—Estos señores son extranjeros curiosos que vienen a ver a los *apaches*.

—¿Pero los *apaches*, dónde están —pregunté nuevamente, con impaciencia de novio.

—¡Ah, señor! ¡Lo ignoro! ¡Yo no conozco a ningún *apache*, aunque dicen que aquí vienen muchos!... Comprenderá usted que el que es *apache*, no se lo dice a nadie. Esas son cosas de los escritores. Lo que puedo asegurarle a usted es que aquí no hay broncas ni se mata a nadie. Se toma *café*, se habla de política y a las doce y media de la noche cierro mi establecimiento y me acuesto. Mis parroquianos supongo que harán lo mismo. ¡*Et voilà tout*!...

Me quedé tan perplejo y mi fisonomía expresó un desencanto tan lacrimoso, que el dueño del *café* pareció compadecerse de mí en lo profundo de su alma bohemía.

—¿El señor tiene de verdad tanísimos deseos de ver un *apache*?—me dijo.

—Hace nueve meses que no anhelo otra cosa—le respondí.—*Ver un apache*, habarle, incluso dorme de bosteadas con él si se pone tonto, es mi deseo más vehemente, quizás el único interés que me reiene en París y me impide ir a España a hacer una visita a mi amatísima familia.

El cafetero entonces adoptó una actitud confidencial, que me llenó de optimismo y de esperanza, y bajando la

voz (que es lo único que se decide a bajar el comerciante) me depositó en el oído estas dulcísimas palabras:

—Si realmente tiene usted interés en ver un *apache*, le voy a recomendar que haga una cosa...

—¡Hable usted, cafetero insignie, mokero inimitable, caracolilescop expendedor!—le dije entusiasmado.—¡No se preocupe por los riesgos que yo pueda correr! ¡Estoy dispuesto a todo! ¡Llevo un reloj de plata esmaltado, una moneda de cinco duros pendiente de una cadena de oro, de tan estupendo resultado y duración tan garantizada que no vacilo en calificarla de cadena perpetua! ¡Además, tengo en la cartera mil quinientos francos que me acaba

obra en la que sale un *apache* maravilloso. El actor que lo representa está magnífico en el tipo. Parece un *apache* auténtico...

—¡Pero, hombre!—repliqué indignado.—¿Esa clase de *apaches* no es la que a mí me interesa!

—Pues, hoy por hoy, no se sabe que haya en París más *apaches* visible que ese! ¡A los demás, no los busque usted, porque dudo de que los encuentre en ninguna parte!...

Consternado, apabullado y lleno de pesimismo salí del *café* y dos minutos después me fui de la ciudad, pero me quedé con la impresión de que esta crónica. Si señores, en París no hay *apaches* más que en las comedias. Claro es que yo he podido inventarlos,



«LA GARE DU NORD»

Este edificio tan largo, de elegante corte, se habrán hecho ustedes cargo de que es la Estación del Norte.

Principalmente porque, aunque en francés, ya lo había dicho en el epígrafe.

de remitir la empresa de Buen Humor para que siga expulsando crónicas! ¡Si conviene que el *apache* aludido sepa todo esto, no me opongo a que se lo digan! Que me atraiga, que me despoje, que se incaute del reloj, de la moneda, de la cadena y de los francos! ¡Pero que yo vea a ese *apache*, que lo vea en seguida!

—Lo puede ver el señor esta misma noche y so amente por quince francos.

—¿Y dónde?

—Pues en el teatro de la Porte de Saint-Martin. Están poniendo una

como han hecho otros esclarecidos y académicos compañeros, pero la sinceridad forma parte de mi programa literario y no quiero manchar mi vida artística con una mentira.

Pero confíen ustedes en que cuando nazca en París el primer *apache* y yo lo sepa, lo sabrán ustedes a los dos minutos.

No puedo hacer más.

ERNESTO POLO

París.—Restaurant Boulant.—Marzo.

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERIA CAMPOS: Calle de Allen, 23

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS.

En el Centro.

La Compañía mejicana que dirige «la Loreto Prado de Méjico». Lupe Rivas Cacho, ha tenido un éxito cordial

abren la boca—bocas de dragones insaciables—y no cantan con el tema de Fahn-r. «todo eso es música: yo quiero comer». los pueblos bailan y aplauden al son que les tocan.

se «pueblo» y se haya dicho: «Yo me hago «pueblo» y, ¡ya está! No hay duda... ¡Fuera librerías, bibliotecas y arte por el arte! Yo me voy a la taberna, bebo Valdepeñas, como bacalao, mojama y callos; me limpio los dientes con la uña y a los cuatro meses soy pueblo.

A los cuatro meses de alternar de este modo—un día en una taberna y otro... en otra, alternativamente—dicen «haiga». «Grabieli». «conciencia» y «prencipio». Saben decir: «que te frían un Citroën» o «que te frían un botijero»; están a la última del timo más caliciero y más «castizo»; hasta les brotan en la esclavina de la capa unas flores bordadas al realce y unos cabuchones de plata en filigrana. Pero, ¡nadá! ni por esas; lo que les brota en el celestre ni está bordado. ni tiene realce. ni es filigrana. ni plata—no digamos oro—de ley. ni cestizo ni cosa que lo valga. Nada no son pueblo.

¿Por qué? No sabemos nada; por lo que sea; pero no son pueblo. Canta la Lupe, etc., etc., ese Granito de Pimienta mejicana:

Las ocho son en palacio;
las nueve en la catedral.
Si usted es hijo de familia
¿qué hace que no se ve?

Y aplauden los de arriba y los de abajo. ¿Qué pasa? ¿Total qué? Nada, apenas nada; pero tiene una gracia especial: suena a popular. Y gusta.

Pájaro, pájaro, pájaro,
de las alas azules;
si se mueren las muchachas
¿qué haremos con tantas viejas?

Otro aplauso. ¿Por qué? ¿No es todo eso casi incoherente?—se preguntó el hombre que quiere ser pueblo—. ¿Por qué se entusiasman tanto con eso de azulitas? Y la gente se encoje de hombros; no lo sabe; pero no le importa, y aplaude.

Limoncito, limoncito,
pendiente de una ramita,
dame un abrazo apretado
y un beso de tu boquita.

Aplausos... ¡Delicioso!
—Pero delicioso. ¿por qué?... ¿Por qué ha de ser delicioso un consonante



Escena de México Típico.

de simpatía y de aprecio. Ello se ha debido a un talismán que falla pocas veces: el arte popular. Todo lo que es del pueblo lo entienden los demás pueblos.

En cuanto se trata de cantar y bailar, no hay pueblo que no se enusiasme y no comprenda al pueblo más opuesto. No hay fronteras en esto, ni hay rivalidades; las almas de los pueblos no son rivales casi nunca; la rivalidad suele nacer del estómago y de los órganos que, por aquello de que la función hace al órgano, suelen nacerle al estómago: los bolsillos del chaleco. Los pueblos no son rivales ni por la garganta, ni por el corazón, ni por los pies; mientras los bolsillos no

Sólo exigen una sola condición: que la música sea popular; e pueblo sólo quiere lo que salió del pueblo o pasó por el pueblo.

En la compañía Lupe-Rivas-Cacho —llamémosle L R-C, porque es un cacho de nombre demasiado largo, ¡y eso que empieza con un diminutivo!—se ve lo que procede de un autor de oficio y lo que procede del pueblo, más o menos disfrazado para la escena. Y no falla casi nunca: lo del profesional, como si no; lo del pueblo, aunque vestido de seda, algo queda, y es éxito en el acto.

Esto quita el sueño a más de un profesional y hace que más de uno haya creído encontrar la solución haciéndolo

en diminutivo y pedirle un beso al limón?

—Las incorrecciones son virtudes; los disparates deliciosos...

—¡Véay!... Misterios... Cosas. Canta la L-R-C:

como se limpie los hocicos con esas servilletas de papel que ahora dan en los bares y que están hechas con sobras de pantalla. Si me he criado, ¡mi madre!, con una nodriza que era cigarrera y me daba la teta con sífon y

cosas tienen que ocurrírsele a uno; a usted o a otro —más bien a otro que a usted—; eso era a mí. Pero ocurre con esto del arte popular lo que ocurre con las carteras y los carteristas. El carterista no es nunca el que fabrica ni el que compra la cartera, son los demás; este o el otro; el carterista no hace más que coger las carteras de los otros; las coge y si no le sirven las tira, si le sirven se las guarda.

Así, al cabo del tiempo vuelven a sus dueños las carteras que no debían haber salido del bolsillo de sus primeros propietarios y no vuelven en cambio las que reúnen condiciones para que puedan circular; es decir, aquellas que contienen papeles de valor para todos, no solamente otros papeles —cédulas, tarjetas, etc.—, papeluchos que podrán tener mucho valor para su dueño pero que a los demás no nos importa.



Sra. Lupe-Rivas-Cacho.

El limón ha de ser verde para que tiña m...ado, y el amor para que dure ha de ser disimulado.

Aplausos... El hombre que quiere ser pueblo escribe inmediatamente una cuarteta con un pensamiento mucho más profundo que ese. Y no consigue «ser pueblo».

Qué bonita mañana, como que quiere llover. Así estaba la mañana cuando te empecé a queré.

El pescadero y el tratante de caballos aplauden contentísimos y el ateneísta también... Como que quiere llover; ¡qué cosa encantadora!

El hombre que quiere ser pueblo, tiene cosas que se le parecen a esas: tonterías, bocheros, modismos, incoherencias, vulgaridades y versos así sin importancia; todo igual. ¿Por qué no es igual a ninguno? ¿Por qué se empeñan las gentes en decir que no es el igual?

—Si vivo en la cabecera del Rastro —se dice el hombre— y mi agüela vende gallinas en la plaza de la Cebada y mi mujer tiene un puesto de despojos en el mercado de San Miguel, y a mis chicos los crío en los columpios de las verbenas para que me saigan castizos, y he jurado que mato a uno

mezcló con picadura; si me dan retortijones en las tripa- de chulo que soy y envío al mus al Rey de los lunares, al Motos y al Cerpeia. ¿qué me van a contar a mí del pueblo y lo que es pueblo?

La gente se empeña en no hacerle caso y aplaudir a la Pulgarcho de México. —Ay, México, mi madre: ¡qué guaxa y qué rixa! xoroba que fixnos! —dice el hombre del pueblo que está ya más incendiario y más quemado de baulizo.

Pero la Señá Lupe vuelve a cantar entre aplausos:

Las mujeres y los gatos son de iguales condiciones, teniendo la carne en casa salen a buscar ratones.

El hombre que entiende del pueblo no puede ya más:

—Oiga, so... intelectual ¿sabe usted lo que le digo? que todas esas copias ¿se entera usted? todas esas copias no están hechas por el pueblo; están hechas por un señor como usted y como yo, más como yo que como usted. ¿Lo sabe usted? ¿se va usted enterando? Pues ¡apúñete! No existe el pueblo. Eso de lo popular es un mito... So nos nosotros, los que sabemos de eso, lo que le escribimos al pueblo las cosas...

—Y es indudable, amigo mío; las



Ricardo Straus.

Dibujos Garrón

Los papeluchos sin valor, como cédulas, cartas de familia, etc., vuelven a su dueño o van a la basura; sólo pasan a la circulación, por conducto del carterista, aquellos papeles —los del banco— que tienen valor para todos, y lo mismo pasa con todo.

MANUEL ABRIL

Por doce pesos argentinos pueden nuestros amigos de Hispanoamérica tener un año de

BUEN HUMOR, pidiéndolo a nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

UNA AVENTURA DEL CAPITÁN TIPP

LOS LOBOS DE LA BOLCHEZEMELSKAIA TUNDRA

Estuve varios días sin verle, sin encontrármelo en aquella taberna oscura, en la que él, hecho bajito hacía más compacto el humo de las pipas y las conversaciones. Parecía como si se le hubiese irrogado la tierra.

Su conducta llegó a parecerme sospechosa.

Una tarde, se cruzó conmigo y pasó silbando como si no me hubiera visto. Le llamé y le hice ver lo impropio de su comportamiento.

Me confesaba con monosílabos, y

miraba al cielo, donde los vencejos hacían sus desfiles.

Puede conseguir, al fin, que hablara.

—He comprendido que me explota usted—dijo. Si. Mis historias le cuestan baratas y sospecho que haga usted de ellas algún uso productivo. Esto, al fin y al cabo, lo puedo consentir, porque—iríase las confesando—atravesó por una de las épocas más dolorosas de mi vida. Pero lo del otro día ..

—¿Qué es lo del otro día?

—Me compró usted dos historias de una vez, aprovechándose de que yo, por mi condición social, debo ir calzado decentemente. Aquella historia fue desventajosa para mí.

—¿Y por eso me ha huido usted durante tanto tiempo?

—Sí, por esto. Suponía que usted se creara con derecho a que yo le cuente la segunda historia del contrario, y eso... a ese precio...

Discutimos. Varias veces estuvimos a punto de romper definitivamente nuestras relaciones, porque ni el capitán ni yo teníamos reparo de audir el uno a la familia del otro, sin que, en realidad, esto pudiese resolver la cuestión.

Finalmente, convinimos en que yo pagaría por la segunda historia un plus de 5 fr. 75.

—«Embarcamos en Calais—dijo el capitán—con destino a Riga, en el «Rosa de los Vientos», un velero de tres palos, muy elogiado por su cocina. Es uno de los barcos donde se ha comido mejor. Subimos el mar del Norte, con intención de entrar por el estrecho de Skagerak. Pero entrar por el Skagerak es como meter una llave por una cerradura. Se acierta o no se acierta. Hay que atinar, colarse de frente. Nosotros no pudimos entrar. Siempre íbamos a una costa o a otra, a Dinamarca o a Noruega. El estrecho debía jugar con nosotros, y echarse a un lado cuando nos acercábamos.

En esto, un viento fortísimo nos empujó para arriba, para arriba, y dimos la vuelta a Escandinavia. Pasaron muchos días y, al cabo, nos encontramos rodeados de hielo. ¿Qué hacer?

Ante todo, era necesario trabajar para librar al «Rosa de los Vientos» de los hielos que le rodeaban. Días ordenados oportunos.

El contramaestre, un belga llamado Daniel, me dijo que, mientras se ponía a salvo el barco, podíamos ir a hacer una visita a un amigo suyo, residente en Pousozersk, que tendría mucho gusto en recibirnos y convidarnos a merendar. Desde Jougor, donde estábamos aprisionados, a Pousozersk había trescientos kilómetros de trineo, atravesando la Bolchezemelskaia Tundra, la región helada del mar Arico llena de bosques, cerca de los Urales.

La excursión era seductora. Montamos en un trineo de ocho perros y nos abrigamos con pieles de reno. El conductor, un indígena llamado Ky-u, entonaba canciones siberianas, bastante monótonas.

Tuve ocasión de ver la Aurora Bo-



Dib. MEL.—Madrid.

—¿Usted en la refriega ha sido actor o festigo?

—Festigo, señor guardia... ¡Festigo ocular!

real. Es como la cortina roja de un teatro cuando se ha encendido la batería. Un incendio de nubes, picoteado por las puntas negras de los abetos.

El primer día, y hasta el segundo día de viaje, todo fué bien. Fué en la segunda noche cuando Ky-u se mostró bastante intranquilo y aumentaba la velocidad del trineo. Una mancha negra en la nieve nos seguía, engrosándose cada vez más. Eran los lobos. Ky-u nos lo manifestó asomando sus ojos asustados por los párpados oblicuos y gordos, que no se dejaban atravesar por las pestañas. Era forzoso huir de los lobos feroces de los bosques de Bolchezemelskaña.

Yo encendí cerillas. Los lobos huyen de la lumbre.

Cuando agoté mi caja de cerillas, la mancha de lobos estaba más cercana, y había aumentado considerablemente. —¡Estamos perdidos!— gritaba Ky-u, brillándole el miedo en sus pómulos amarillos. Los lobos no se retirán hasta las siete que amanece, y aún son las seis. En una hora nos habrán alcanzado.

En nuestra huida, tropezábamos con los árboles. En uno de estos encuentros, Daniel se cayó a la nieve. ¡Bri-gate!—le grité—. Hace mucho frío. Le vi menguarse con la distancia, casi convertirse en un punto. Luego, la mancha negra de los lobos se unió a él. Algunos lobos se quedaron, quizá para hacerle compañía. Los demás seguían de cerca nuestro trineo.

—¡Falta una hora!— sollozaba Ky-u. ¡A las siete se marcharán! Pero, ¡hasta entonces!

No cesaba de repetir éste más que para acordarse en voz alta de su mujer y de sus hijitos amarillentos. Yo estaba aburrido.

Saqué un periódico y me puse a leer. Deirás de mí, los lobos ledeaban. Uno, más audaz, mordió un pico de mi bufanda que flotaba al viento, y se la llevó. Tosí mucho.

El periódico traía noticias interesantes. Una de ellas era tan curiosa, que juzgué oportuno leerla a Ky-u.

Me puse en pie. El trineo se había parado y el conductor gemía, debajo del asiento. Un lobo, más adelantado que los otros, se me llevó una hoja del periódico. Afortunadamente era la página de los anuncios por palabras.

Nos faltaban tres perros y había manchas rojas en vez de ellos.

—¡Ky-u!—grité—. Mira lo que dice aquí: «La Sociedad de las Naciones ha acordado que, desde anoche, se adelantan una hora los relojes en toda Europa.»

Ky-u luchaba obstinadamente con un lobo por conservar su pierna derecha y no me hacía caso.

Pero, en los lobos, mis palabras hicieron un efecto extraño. Se echaron para atrás y luego se alejaron rápida-

mente, atropellándose los unos a los otros.

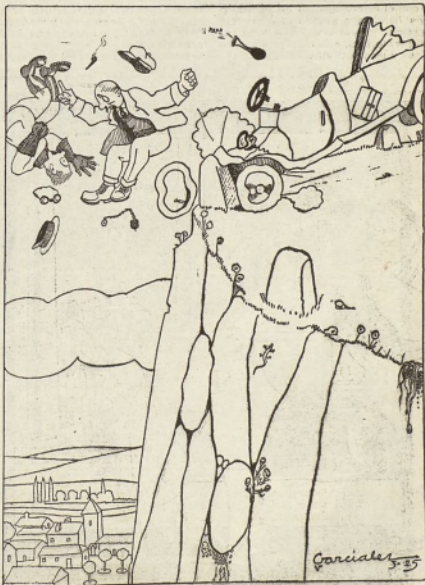
—¡Oh!—dijo Ky-u, que no había conseguido quedarse con su pierna—. ¡Se marchan, porque son las siete! ¡Ya le dije, amo blanco!

Pronto no se vio ni un lobo. La nieve estaba acibillada por su huida tumultuosa.

Cuando volvimos, encontré en la nieve una boita de Daniel y gorro de pieles, bastante manchados.

Su viuda conserva estos objetos todavía a pesar de su segundo y tercer matrimonio.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. GARCÍA IZQUIERDO.—Madrid.

El señor (Indignado).—Le pido que desde este momento esté usted despedido.

UN "DO" DE PECHO INADMISIBLE

Belermirino Carrizosa era un hombre que, por una de esas desgracias calamitosas que se ceban en los ciudadanos indefensos, tenía una doble personalidad.

El pobre señor era prestamista y barítono, y lo malo es que tenía una bárbara vocación por ambos y antagónicos oficios. Ustedes y yo, seguramente, o habríamos deducido nuestros afanes a cantar Tosca lo mejor posible y con el menor número de gallos, o nos habríamos pasado la existencia tasando gabanes viejos y tomando sortijas turbias, más o menos diamantinas y menos o más perladas.

Belarmino, no. Belarmino sentía el mismo placer cantando una arieta del Barbero que dando diez reales por un arete de la barbera. Y si me apuran ustedes, y si me apura el barbero, todavía era más feliz cantando el fox de *La montería* que prestando mil pesetas al ochenta y cinco por ciento mensual.

Este monumental absurdo le hizo el más desdichado de los hombres. Ya habrán ustedes adivinado que Belarmino Carrizosa, que debutó como prestamista a la temprana y madrugadora edad de veinte años, no había conseguido debutar como barítono en el momento de frisar en los cuarenta,

edad tan impropia para mojarse la barbiga como para dar alaridos nocturnos en el escenario del Real. Y, sin sin embargo, Belarmino soñaba con arrebatarle a Fleta la popularidad y con emplear sus limpiísimos agudos en algo más práctico y estentóreo que llamar al sereno o insultar a su venerable madre política.

Su deseo llegó a ser obsesión y su sueño llegó a ser tan pesado que una mañana lo plasmó en esta frase: ¡o debuto o le parto el cráneo al empresario que se niegue a protegerme!...

Por fortuna para Belarmino, hay en Madrid una barbaridad de empresarios de zarzuela que sienten un santo canguelo por las muertes violentas y prefieren un mal tenor a un magnífico tiro en el parietal. Carrizosa, que como prestamista tenía una porción de amigos autores, buscó la recomendación de uno de ellos y le expresó su deseo de cantar inmediatamente en un teatro decentemente amueblado de la villa y corte.

Para demostrar al amigo su capacidad lírica, soltó un *do* de pecho tan horrendo que parecía un *do* de cuatro años y medio, y le conmovió acto seguido con no prestarle más dinero si no le proporcionaba el anhelado y escandaloso debut.

Convencido el autor de que si no había voces en escenario, iba a haber voces en su domicilio y en la vía pública, accedió a los requerimientos del presunto Tita Ruffo y se fué a ver a un empresario de los más propicios a las catástrofes para exponerle la pretensión de su amigo.

—Querido Gutiérrez—le dijo—, es preciso que admitas a un barítono de cuya voz te respondo!...

—¿Tienes mucho interés por él?

—preguntó el empresario.

—Un interés de un ochenta por ciento, y me quedo corto. —¡zímio atribuladamente el autor—. Pero, dejando cosas tristes a un lado, te repito que tiene una voz que asusta...

—¿Y quién es ese barítono?

—Es un prestamista que conozco hace ya mucho tiempo, pero con una afición que es una demencia. Le he oído cantar y te advierto seriamente que da el *do* de pecho y se queda tan fresco como Cercedilla.

—Pues no me conviene... —respondió el empresario—. ¡Y desde ahora me niego a que debute en mi teatro!...

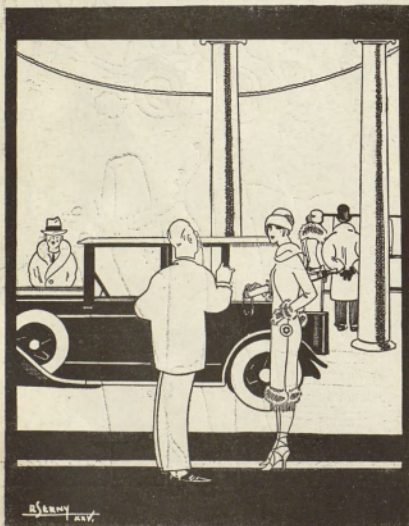
—¿Y por qué? ¡Si te juro que da el *do* de pecho!

—¡Pero me ha dicho que es presajista!!

—¿Y qué tiene que ver?

—¡Pues que lo dará en muy malas condiciones!...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. SERNY.—Madrid.

—La señora busca sin duda un coche?
—No, busco quien me lo pague.



EN EL INFIERNO

EL ALMA DE DICK TURPIN.—¿En qué has creído que estos diablos no tienen nada que hacer?
EL ALMA DE SHERLOCK HOLMES.—¿En que están cazando moscas con el rabo.

Dib. SAMA.—Madrid.

EL TRANVÍA NÚMERO 1.013

I

Por la calle de Hortaleza vi venir, raudo, desenfrenado, un tranvía de los que hacen el recorrido Progreso-Cuatro Caminos por dicha línea. Detúvose obedeciendo a un ademán de mi mano e impulsado por ese hado malféfico que rige los destinos del hombre, subí a él. Ocupábanlo pocos viajeros y llevaba subidas todas las persianas de las ventanillas. No comprendiendo el objeto de aquella medida, intenté bajar una de ellas. Una voz bronca y autoritaria impidió mi propósito:

—¡Estése quieto! ¡Venga el dinerol junto a mí, depie, mirándome iracundo.

En su mano extendida puse una peseta. Me entregó el billete tras de mordor, sonar y guardar la moneda y que-

dó erguido, inmóvil, fíjando en mi rostro asombrado sus ojos centelleantes. Me acometió tal espanto que no me atreví a reclamarle los noventa céntimos restantes. El sonrió satisfecho y fué a colocarse en la plataforma posterior.

II

Me dediqué a observar, a la escasa luz que en el coche había, a los ocupantes de él. Eran seis: dos señores viejos, enclenques, vestidos completamente de negro; una niña a la que acompañaba una mujeruca mal encarada y de aspecto patibulario y en la plataforma delantera, un hombre y una mujer de achulados tipos. Disputaban acaloradamente:

—¡Mala hembra! ¡Te he de matar!



DIB. BALDRECH.—Madrid.

EL POLLO «BIEN».—Lo que más me fastidia es que voy a tener que pagarlo entero.

—¿Tú? ¿Matarme tú a mí? ¡Canalla! ¡Cobarde!...

Algunos insultos y amenazas más y, de repente, él que, de una puñada, da con la infeliz mujer en el suelo. Allí debió de patearla a juzgar por los movimientos de sus brazos y de sus brazos, únicas partes del cuerpo que yo podía ver gracias a los cristales de la portezuela. He de advertir que el conductor no se conmovió lo más mínimo, no volvió la cabeza siquiera a pesar de hallarse tan próximo a la tragedia y que, los demás ocupantes del coche adoptaron igual actitud de indiferencia.

El hombre se cansó pronto de patear el indeseado cuerpo. Ahora mostraba, con el aire triunfal con que se enarbola un trofeo de victoria, la cabellera de la mujer, recién arrancada, sangrante aún.

No pudo contenerse. Pese al miedo de que estaba poseído, intenté ir en socorro de la víctima, pero la voz del cobrador me ordenó de nuevo:

—¡Estése quieto!

Y de nuevo obedecí atemorizado.

III

Hablaban los dos señores de negras vestiduras:

—¡Qué muerte más espantosa tuvo! ¡Pobre amigo nuestro!

—¡Fue terrible! La operación duró siete horas y media.

—Y sin cloroformo.

—¡Un horror! Si usted hubiera oído aquel ruido de huesos al ser cortados por la sierra y aquellos gritos espantosos del enfermo... Murió cuando, cortando, cortando, le partieron el corazón.

La niña a la que acompañaba la mujeruca de rostro espantable, lloraba.

—¡Quiero ir con mi mamá! ¡Quiero ir con mi mamá!

La mujer intentaba callarla tapándole la boca con una mano grande y sermentosa.

—¡Calla!

—¡Tú me has robado! ¡Mamá!

El cobrador resbaló la escena con un gesto irónico y estas palabras:

—¡Beh! Un secuestro.

IV

El tranvía, a juzgar por su traqueteo insoportable, debía de ir a una marcha aterradora, escalofriante. Yo saltaba en mi asiento como impulsado por un resorte y tenía las manos, las piernas y la cabeza magulladas por los golpes.

—Tenga la bondad, cobrador...

Me miró sonriendo cruelmente y volvió de espaldas.

Un enorme vaivén del coche me colocó en el asiento de enfrente. A continuación percibí un clamor de voces.

—¿Qué pasa?

—¡Nada!

Yo me había levantado y miraba por los cristales de la plataforma posterior la causa de aquel alboroto. Fué sólo un instante, pues la rápida marcha del tranvía nos hizo traspasar pronto una esquina, pero un instante en el que pude ver cómo unas cuantas personas, levantaban, de entre los rieles, un bulto ensangrentado que me pareció tener forma humana.

—¡Sientes! No pasa nada.

Aquel hombre estaba dispuesto a asesinarme si no le obedecía; lo comprendí por el ademán agresivo con que acompañó sus palabras. Supliqué angustiado:

—Tenga la bondad. He de apearme aquí.

—No hay ninguna parada. Espere.

—¿Estamos cerca de Cuatro Caminos?

—¡Vámonos, hombre! Estamos en la Ronda de Valencia!

—¿En la Ronda? Pero, ¿Cómo?

—¡Basta! ¡Cállese!

Creí haberme vuelto loco. ¿Un tranvía cuyo servicio es de Progreso a Cuatro Caminos estar en la Ronda de Valencia? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué líneas?

Fueron cortadas mis interrogaciones por la entrada de un nuevo personaje. Debía de haber subido en marcha, en una marcha espantosamente grande, pues el vehículo no se había detenido un momento. Era el tal personaje un hombre atlético, mal vestido, de siniestro aspecto. Preguntó:

—¿Pasa por la Moncloa?

Y quedé maravillado ante la contestación del cobrador:

—Llega hasta las Ventas.

Al nuevo personaje no le sorprendió como a mí la respuesta. Se acomodó en el asiento y, sacando una navaja de siete u ocho muelles, comenzó con ella a rasparse las uñas. De vez en cuando, interrumpía su labor para mirarme escrutadoramente.

V

Salté a la plataforma delantera huyendo del hombre siniestro y procurando no ser visto por el cobrador. Allí estaba aquel otro que martirizaba a la mujer, pero estaba sólo; el cuerpo de ella había desaparecido. Supuse que se había deshecho del cadáver arrojándole por cualquier terraplén.

En aquel instante tomaba el tranvía una pronunciada curva y aminoró la marcha. Aun a trueque de estrellarme, me tiré de él. Cuando dolorido me levantaba del suelo, vi al cobrador que gesticulaba furioso. Llegaron hasta mí sus palabras:

—¡Animal! ¿No sabe que está prohibido apearse en marcha?

Y... ¡Oh, espanto! El tranvía, salidas las ruedas de los rieles, caminaba por

tierra precipitadamente... Fué a chocar contra un enorme árbol... Le ví desmenuzarse, pulverizarse.

Corriendo me acerqué al lugar del siniestro. Era un montón informe de hierros y maderas, sobre el cual, como una lápida mortuoria, se veía un trozo de hierro en que había escrito un número: el 1.015.

Removí entre los escombros. Hallé horrorosamente mutilado el cadáver del cobrador y junto a éste la cartera del dinero. La abrí, conté noventa cén-

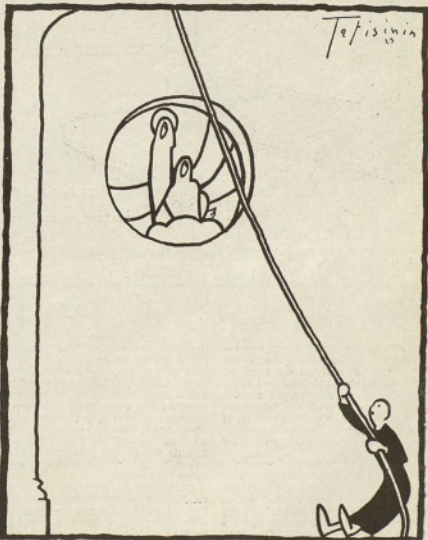
timos —las vueltas de mi peseta— y guardándolos en el bolsillo, comencé a andar.

¡Justo castigo del cielo!

Los noventa céntimos eran todas monedas extranjeras: francesas, italianas, argentinas... ¡ni una española.

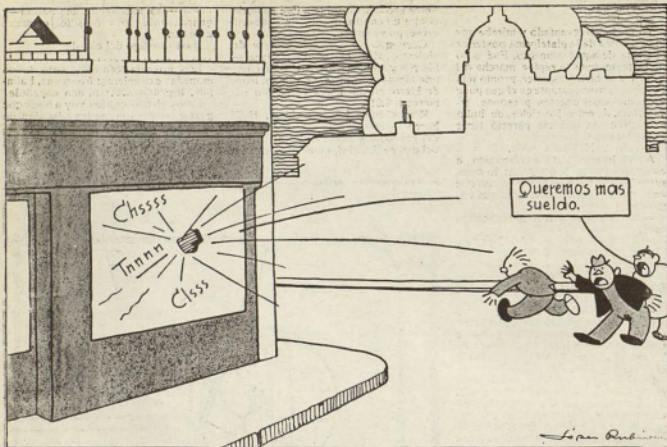
Estoy viendo que las voy a tener que gastar en pesarme en las básculas de los paseos públicos.

J. SANTUGINI Y PARADA



Dib. Santugini. —Madrid

¡Tantos inventos como hacen y no se les ocurre ponerle cuerda a las campanas!



Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

NOTAS SOCIALES

Colocación de la primera piedra... en el cristal del escaparate de D. Ceferino Pelendenguez, S. en C. Bisutería, Pasamanería y Alpergatería.

LETRAS Y PALABRAS...

El alfabeto no es únicamente una colección de signos. El a fabeto es una colectividad que tiene su sociedad como los hombres. Veámoslo: Las letras minúsculas, constituyen la masa popular; los caracteres cursivos, la clase media (observar en su retinita, el quiero y no puedo) y las letras mayúsculas con adorno, el abolengo aristocrático.

Esta sociedad, más democrática que la de los seres humanos, aun guarden-do sus respetos de clase, únense siempre a los mejores fines y sólo rara vez por un purillo inconfesable, suele la aristocracia (mayúsculas) no dar entrada a la plebe (minúsculas) figurando solo ella, aunque sin poder prescindir de la aervidumbra, aquí representada por los signos ortográficos. Ya digo, que ello sucede rara vez, pues por regla general desde su infancia mas tierna, suelen mandar a la M (juez de campo en sus disidencias) a toda aque-

lla otra, que por atávicos resabios, pretén le imponer su grandeza o la validez de sus viejos pergaminos, de este modo suelen desenvolverse en un ambiente de unión admirable y de franca camaradería. Su primer juego infantil por excelencia, es el de *Sílabas*, entretenimiento honesto y sencillo que consiste, en reunirse las letras de dos en dos, de tres en tres y hasta de cuatro en cuatro, confundiendo todas ellas en un solo grito.

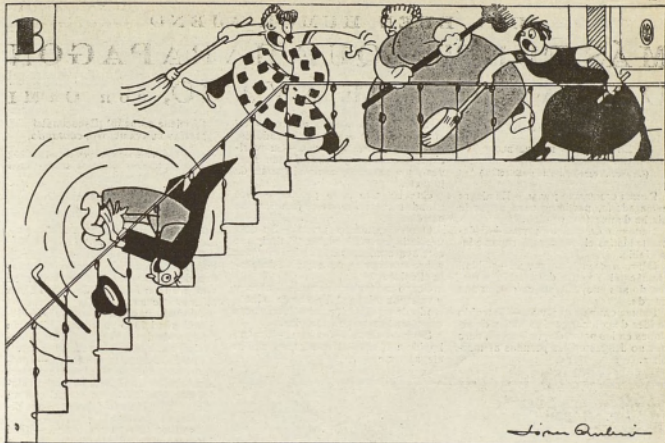
En el mundo de las letras, igual que en el humano, los varones, son los fuertes, pero ellas lo dominan todo. Un señor consonante, necesita de una joven vocal desde el momento en que nace y como nosotros no puede desde el primer momento dar un paso sin ellas. Ved el ejemplo. Las cinco vocales van paseando, corriendo, saltando locas de júbilo, jugando como en nuestro mundo las solteras (solo al diptongo), más hete aquí un caballereito con-

sonante que las divisa y galantemente se acerca al grupo: supongamos en este pollo, al pollo *P*; al acercarse, lo ha hecho por el lado donde se halla la pollita *I*; al unirse, el corazón de *P* vibra; *PI*, más no es platónico su idilio; nuevo don Juan se aproxima a la *O* que va cerca y el pecho del enamorado mancebo inspira *PO*; de igual suerte, su alma se extremece, diciendo *PA* cuando ve a la *A*, *PE* al tropezar con la *E* y si mira a la *U*, *PU*.

Es decir, que a los pollos consonantes, les gustan todas las niñas vocales en general.

Burla burlando, pasan las bromas a veras y lo que fué pasatiempo infantil, se trueca en hábito a la mayor edad; así tienen ustedes que empezando a jugar a *Sílabas* se convirtieron más tarde en *Palabras* y palabra, significa tanto como familia.

Algunas señoritas Vocales, como solo las gastó jugar al diptongo, han



J.D. López Ruso. — Madrid.

Entusiasta recibimiento prodigado a D. Rustonino Peanas... por su señora esposa, su señora suegra y su señora cuñada, después de dos días de ausencia inexplicable.

quedado solteronas, viejas, sin que ningún *Consonante* las diga al paso ¡Buenos días tienen!

Los matrimonios (palabras) que no tienen sucesión, viven y mueren *Monosilábicamente*; los más tienen numerosa prole a la que sacan con frecuencia de paseo; los padres se llaman en este caso *Raíces*; muy cuidadosos de las buenas formas (aunque en casa manden ellas) colocan a los verones, *Silbifijos*, a su derecha, y a las hembras, *Preñijos*, a su izquierda.

Como antes expusimos, y pese a la democracia, hay entre los *Signos*, clases y categorías que luchan que se las pelan por la vida, como cada quisque. Los hay afortunados, que llegan a *Substantivos*, esto es, ministros de la corona, a los que adulen o critican, según sean o no, ministeriales o de la oposición, los *Adjetivos*.

En algunos casos, estos *Substantivos*, salen de estempla, obligados por

un simple *Adjetivo* y unos no menos simples *Vocales* y se constituyen sin hacer caso a aquéllos, formando su régimen con subsecretarios que son *Pro n o m b r e s* y con secretarios particulares que son *Ar-ti-cu-l e s*.

En esta situación, suele la muchedumbre (que en el pueblo de las *Palabras* son los *Verbos*) delegar su carácter tumultuoso, en un aparente tranquilidad, declinando su verdadera naturaleza de *Activo*.

El *Adverbio* (rebelde por temperamento) al no poder acercarse al verbo para modificarle, suele en ese interregno abandonar su patria de las *Leiras* y vive conspirando en el extranjero. El *Participio*, ministerial en todas las situaciones, es en estos casos, somatenista y miembro de la U. P. C.

La *Preposición* sigue también como siempre, siendo el pelotillero, el correveidile, el me-e-sillas y se-e-ben-cos que todos conocemos. La *Conjunción*

ídem, ídem, como siempre también, pobre cenicienta y última palabra del credo, está igualmente a disposición de un freído como de un barrido. La *Interjección*, ayer, orador de milin; hoy... en su lugar descanso.

En una o en otra situación, cuando se reúnen las *Palabras* tornan a la *Familia*, si *Oración*, constituyen *Vecindad*, si se enleñan formando *Periodo*, *Aldeas*, si *Cepítulo*, provincia, si *Libro*, *Nación*, si *Idioma* completo, una *Raza*.

La *Ortografía* es la *Ley Municipal* de Calvo Sotelo; la *Frosocla*, la *Provinia* íal del ídem y otro, ídem, la *Analogía*, la constitución, pero algunas veces se esconde y no suele encontrarse ni una partícula siquiera de analogía y la *Sintaxis* ¡eh señores! la *Sintaxis*, es en el país de las letras como en el nuestro, una verdadera plaga nacional.

APOLRO LARROSA

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, PI y Margall, 135 139

DEL BUEN HUMOR AJENO

MÁS FUERTE QUE HARAPAGON

O UNA IDEA DE AVARO, POR CAMI

PRIMER CUADRO

EL HARAPAGON DEL PUEBLO

(La escena representa un pueblito.)

PRIMER CAMPESINO JOVIAL.—En alegre camaradería, partimos para segar la hierba de nuestros prados.

SEGUNDO CAMPESINO JOVIAL.—Solamente Matías el avaro está rapaz e insociable.

SÉPTIMO CAMPESINO JOVIAL.—¡Chist! ¡Aquí está! Ya sale del establo arrastrando sus bueyes y su carro con una cuerda.

PRIMER CAMPESINO JOVIAL.—Ha tenido la idea de colocar ruedas viejas de sillones en las patas de sus bueyes, para que no desgasten las pezuñas al marchar.

SEGUNDO CAMPESINO JOVIAL.—Así nunca tiene que pagar por herraduras.

TERCER CAMPESINO JOVIAL.—Su avaricia le hace tener que tirar de sus bueyes y de su carro, como si fueran de juguete.

CUARTO CAMPESINO JOVIAL.—Hace grandes esfuerzos para remolcar su carro.

QUINTO CAMPESINO JOVIAL.—Su desgraciada esposa le sigue. ¡Y decir que este avaro miserable la obliga a andar sobre sus manos, para que no desgaste el calzado!

SEXTO CAMPESINO JOVIAL.—¡Pobre y valerosa criatura! A pesar de lo incómodo de su situación, se esfuerza para empujar el carro con los pies.

SÉPTIMO CAMPESINO JOVIAL.—Eso no impide a Matías el avaricioso cantar alegremente.

¡No tiene corazón! ¡Escuchadle! MATÍAS EL AVARICIOSO, cantando.

«Tengo dos hermosos bueyes en mi establo; dos buyes blancos montados sobre ruedas»

SEGUNDO CUADRO

INSPIRACIÓN DE AVARO

(La escena representa el carro de Matías el avaricioso.)

PRIMER CAMPESINO BROMISTA.—Es la hora del reposo en el campo; a la sombra de los árboles, los segadores se tumbaron para dar un descanso a sus miembros cansados.

SEGUNDO CAMPESINO BROMISTA.—Matías el avaricioso se ha concedido un instante de descanso, también, y ahora duerme, a la sombra de su mujer.

PRIMER CAMPESINO BROMISTA.—Aprovechémonos de su sueño para gasterle una broma. Robémosle su guadaña, que ha dejado en el suelo, a su lado, y así, cuando despierte, nos divertiremos mucho.

SEGUNDO CAMPESINO BROMISTA.—¡Qué desesperación cuando piense que tiene que comprarse una guadaña nueva! (Los dos campesinos bromistas se acercan a donde está Matías el avaricioso, y le roban la guadaña.)

PRIMER CAMPESINO BROMISTA.—Ahora vamos a avisar a los compañeros. (Esconden la guadaña, y previenen a los compañeros.)

CORO DE CAMPESINOS ADVERTIDOS.—Esperemos, detrás de estas matas, el despertar de Matías el avaricioso.

PRIMER CAMPESINO BROMISTA.—¡Mirad! Abre los ojos, se estira, se levanta y echa de menos su guadaña.

SEGUNDO CAMPESINO BROMISTA.—¡Lo que nos vamos a reír!

MATÍAS EL AVARICIOSO, (vociferando). ¡Mi guadaña ha desaparecido! ¡Me han robado! ¡Al ladrón!

LA MUJER DE MATÍAS EL AVARICIOSO.—¡Cálmate, Matías! Ya comprarás otra guadaña nueva.

MATÍAS EL AVARICIOSO.—¡No! ¡Antes la muerte! (aparte) ¡Oh, qué idea! (grita) ¡Sí! ¡Antes la muerte! ¡Antes morir! ¡Ven, muerte! ¡Ven, muerte! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven a buscarme, ven!

LA MUJER, (acudiendo).—¡Aquí estoy! MATÍAS EL AVARICIOSO.—¡Ah! ¡Ya llegaste! ¡Era lo que quería! (Se lanza sobre la muerte y le quita su guadaña. La muerte se retira muy azorada.) Y ahora, a trabajar. (Siega su campo.)



EL.—¿Por qué no has invitado a nuestra boda más que a personas casadas?
ELLA.—Porque no quiero tener más que regalos prácticos.

(De London Mail.)

TELÓN.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestros editores, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 22.142

MADRID

Madras de guerra.—Las solicitudes los nobilísimos señores siguientes, todos de magníficas familias y todos acreditados por un año por la Redacción de Buen Humor, la cual responde de su resultado:

A. M. F., oficial del batallón expedicionario del regimiento Jaén, núm. 73, Tetuán; Ignacio Sánchez, suboficial de la Plana mayor del ba-

LEGRES FOTOGRAFÍAS CURIOSAS

Serías incomparables, 5 y 10 pías.

Otro o sellos:

Agencia artística LUX
APARTADO 126 MADRID

atallón Segorbe, Campamento de Laucín, que pide madras para él y para la friolera de nuevo sargento, todos sin compromiso, todos buenos muchachos y uno de ellos viudo y con una experiencia de la vida realmente alocar; J. González, teniente del batallón de Extremadura, núm. 15, Tetuán; Pedro de la Asa, Aviación Militar, Base Hidroavio-

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

neo, Atalayón, Melilla; Joaquín de la Torre, Aviación Militar, Larache; Julio Ramonvar, estafeteante del batallón de Tetuán, primer sargento del batallón Principio, primera compañía, Tetuán; Melilla: Caico Calleja y Rafael Herra, sargento del batallón expedicionario de Valladolid, primera compañía, Melilla; Antonio Verdoy, Aviación Militar, Melilla; José Segura García,

illia; Antonio Vicent y José María Ibáñez, Centro Electro-técnico, sección automovilística de campaña, Tetuán; Salvador Ballesteros Ara, Miguel Prieto, José Puñate, Sebastián Muñoz y Antonio Cano, Formidex, los cinco pertenecientes al grupo de fuerzas regulares indígenas de Larache, núm. 4, Alcazarul; Claudio de Flores, Jorge Borrás, José Calvo y Luis de Argüelles, intervención Servicios Guerra, Melilla; Emiliano Molina de las Heras y Alán Abre Reniel, Estafeta de Correos, Melilla; Juan Borge Torrecilla, del batallón cazadores de Talavera y Agustín Polo Gallego

Wad-Dás, segunda compañía, Melilla; Anastasio García Alonso y Juan Escámez Ejea, regimiento Cerilla, segundo batallón, tercera



compañía, Melilla; Juan Borge Torrecilla, del batallón cazadores de Talavera y Agustín Polo Gallego

y Antonio Valla, destacamento de autos de Ingenieros, Dirección de Melilla; Marracón; José Barea, Leopoldo Rodríguez, José Chico y Benigno Mato Herranz, Maestranza de Artillería, brigada automovilista, Melilla; Reimundo Inuñaga, Antonio

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—GARNETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se desmolda el 10 por 100.

Rincón, Juan Rivillas y Tomás Hernández, los cuatro del grupo de fuerzas regulares de Tetuán, escuadrón de caballería, Tetuán; Abundio García, Daniel Listán, Fídel Casado, Joaquín Santamaría, José Com-

(del batallón cazadores Madrid), ambos hospitalizados en la Cruz Roja de Achuri, Bilbao; Manuel Palarol, Miguel Abillor y José Font, batallón expedicionario Garielano, segunda compañía, Dar Quebden; Melilla: Julián L. Redón y Rafael Domingo, cuarto regimiento de Za-

pagni, Daniel Iglesias y Lesmes García, los siete gachos pertenecientes al regimiento de Cruta, número 60, cuarta del segundo, Ceuta, y, finalmente, Melchor Urbieto, Antonio Garrido, Fernando More-



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

padres minores, segunda compañía expedicionaria, Dar Drías, Melilla; José Mendez Blanco, Manuel Muñoz y Juan González García, compañía complementaria de Ferrocarriles, Bufaruf, Melilla; Venan-

Bodegas de los CEAS

Bobel Licor Benedetto, Ana Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 23. Tetuán 18-58

no, Julián de Bilbao, Carmelo Sáenz y Domingo López, seis aliterados y desafortunadamente galantes sargentos del batallón expedicionario del primero de Zapadores, primera compañía, Dar Drías, Melilla. Suponemos que nuestras hermosísimas lectoras no se quedarán de no tener

Los used "Vida Madrileña" Anuncio

Oficinas: Puencarral 66.

Director: DOZ DE LA ROSA

donde escoger. Hay para todos los gustos y para una numerosísima y bárbara cantidad de gustos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Máximo Postigo Valla y Francisco Gómez Molina, cabe los tres del batallón cazadores Talavera, Larache, Tetuán; M. P. E., escuadrón expedicionario del regimiento Lanceros del Rey, Laucín, Tetuán; Miguel Panagau, suboficial del batallón expedicionario del primero

con pertenecientes al primer regimiento de Intendencia, primera compañía expedicionaria de Montaña, Dar Drías; Antonio Sáez, Leonardo Monedero, Vicente García, José Flores y Benigno Carretero, los cinco de la compañía mista de Sanidad Militar, Tetuán; Valentín Viciario y Demian Fernández, batallón de

cio Franco Rodríguez, cabo del batallón cazadores Madrid, quinta compañía, Tetuán; José Fernández

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En la estación.

— Buen viaje, sobrino. Y ya sabes, si necesitas dinero, escríbeme.

— Pues, tío, hágase cuenta de que ya le he escrito.

— Bueno; pero hazte tú cuenta de que se ha perdido la carta.

Escrede. — Madrid.

Oye, ¿que en eso que la Encarna guarda con tanto recelo?

— Chica, no sé, es el misterio de la Encarnación.

Santiago Pérez Guerra.
Madrid.

De T. S. H.

— ¿Cuánto dura una ondas?

— Seemta minutos.

— ¿Y?

— Porque las ondas son onas.

Sasel.

— ¿Cuál es el equipo que más aburre?

— El Barcelona, porque ya no juega con Gracia.

— ¿Qué jugadores son los más novateros?

— El guardameta del Athletic del Bilbao y el defensa izquierdo del Barcelona, porque son Vidal y Pallas.

— ¿Cuál es el «equipo» que vale lo menos dos?

— El «Chirri», porque es Aguirre.

Zavala.

— ¿Cuál es el más alborotador?

— Bursiel.

— ¿Y el más complaciente?

Aceto.

— ¿Cuáles son los jugadores más avisados?

— Los del Sevilla, porque siempre juegan con Kinké.

Ernesto González.

Si un diente le da un mal rato,

compra de Orive el Licor...

Es el calmante más grato,

y solo el ver lo barato

que cuesta, alivia el dolor.

Una inglesa se apea precipitadamente del tren en una estación de las provincias vascas. Muy apurada se dirige al primer albaño que ve.

— ¿Dónde está el Water-clo, me hace el favor?

(El albaño muy extrañado.) ¡Ah, yo no sé, como no sea aquí el sombrero de paja que está allí!

Potolero. — Burgos.

peña en que debe de irse, de donde allí, y yo igno, luego por allí, y como usted es hombre de letras, vímosle para que nos diga quién le reñó.

Y contesta el alcalde:

— ¿O é brutos sein, si se los daban, ni leyendo; se los jindió!

Pedro Sorla. — Madrid.

Entre un padre y un hijo.

El hijo (aí cual su padre acaba de echar unas monedas en la hucha). —

Padre, a mí me parece que es lo mismo subír y tocar un panel de «daica

que saber si mi hucha tiene dinero.

El padre. — ¿Por qué hijo mío?

El hijo. — Porque un panel de música se toca por las notas que tiene y mi hucha la meñaca y notas que tiene.

L. H. P. — Madrid.

En una taquilla del Metro se acercan dos alcales a sacar billete.

Un alcale. — Dos billetes.

La taquillera. — No pa-de ser.

Un alcale. — ¿P. r. que?

La taquillera. — Porque aquí dos «veras» no caben en el «Metro».

Fernando H. Ramos.



NUEVA MARCA DE AUTOMÓVIL

(De Lustige Blätter, Berlín).

Futbolistas.
— ¿Cuáles son los jugadores de fútbol que peor se pasan?

— Los del Betis F. C., porque todos son sevillanos.

— ¿Y cuál es el equipo de España más revoltoso?

— El «Baracido» de Vizcaya, porque cuando el mejor de todos es travieso.

A casa del alcalde de un pueblo fueron dos vecinos y dijo uno de ellos:

— ¡Ilor alcalde, yo y este himos finido una dispute, porque él se em-

— ¿Cuál es la artista que menos se la entrende cuando escrib?

— Carmen Iborra, porque escribe I-borra.

Luis Lázaro.



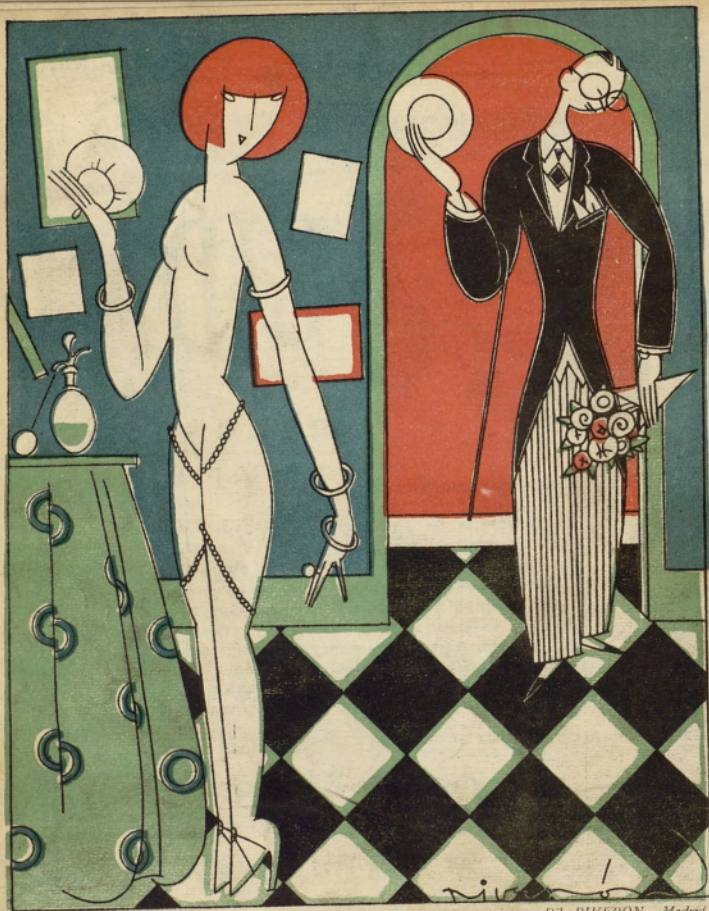
CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



Dib. RIVERON.—Madrid.

—Dispense usted, señorita. Creí que ya estaba usted vestida.
—Y es verdad. Ya estoy lista para salir a escena.

Ayuntamiento de Madrid